

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 4 DE FEBRERO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

EL PAPA Y LA PRENSA

La nueva soberanía

—Si los alemanes ganan la guerra —decíanos en 1915 un nuestro amigo, partidario ferviente de los aliados—, ¿qué va a ser de nosotros, pobres liberales, en manos de las triunfantes derechas germanófilas?

—Nada, nada...—le respondimos, recordando nuestros viejos tiempos de estudiante en la Universidad de Berlín—; nos salvaremos del furor teutónico de los reaccionarios españoles, emigrando... ¡a Alemania!

No era paradoja. Frente a nuestras derechas desatadas, el propio Imperio del César Guillermo II habría parecido un democrático refugio del liberalismo y la civilidad. ¡Cien veces mejor Alemania que nuestros germanófilos!

Y ahora, amigos liberales, tendríamos que repetir una contestación análoga, frente al clericalismo atávico de estas derechas españolas. Nos salvaremos de nuestros vaticanistas cobijándonos bajo la cúpula del Vaticano. Ante la saña de nuestros papistas apelaremos a la bendición del Papa.

Por dos veces en estos días ha sido el Sumo Pontífice quien ha encarnado el sentido de la tolerancia y la libertad. Nuestros reaccionarios fanáticos han sufrido una profunda desilusión ante las conciliadoras palabras del Jefe de la cristiandad. La Iglesia de Roma es hoy, tal vez, la más conservadora de las fuerzas sociales europeas. Pero, al fin y al cabo, es una fuerza europea, y a nuestros castizos derechos inquisitoriales les parece demasiado transigente, hartamente reconciliada con el progreso de los tiempos y un tanto resabiada de modernismo.

Por segunda vez ahora los clericales españoles se habrán sentido decepcionados. Fue la primera, ya se ha dicho, al leer el discurso del Papa. En las elevadas frases de Pío XI, la unidad católica española, cuyo sentido político es lo que encanta a nuestras derechas se ha esfumado en un ambiente místico, transformándose en «la influencia saludable de la Santidad y

de la Civilización, de la verdadera Ciencia y del Arte, en la armonía de los pensamientos y los corazones». Ha sido justamente el Papa quien nos ha recordado que también puede haber en España ciudadanos que no sean católicos, «hijos infelices aun cuando siempre amadísimos...», «a quienes no excluimos de nuestras oraciones ni bendiciones...», ¡Y a quienes las derechas extremas quisieran excluir, impiamente, de la plenitud del Derecho en nuestra patria!

Mas ahora, estas derechas acaban de recibir una segunda lección del Pontífice Romano, cuyo magisterio no pueden ellas recusar. Concedió el Papa audiencia a los periodistas españoles; a todos también, a los católicos penitentes lo mismo que a los liberales impetentes. ¿Habría acaso contra la mala Prensa, alentando así las diatribas que con frecuencia resuenan en

nuestros pulpitos? ¡Oh, no, por Dios!, que estamos en la Cámara de una de las más finas diplomacias de Europa. ¿Abominaría quizás de la maldita libertad de imprenta? ¡Mucho menos, Señor!; que, al cabo, Su Santidad es aquel prelado Aquiles Ratti, hombre de cultura y de deporte, muy sacerdote, pero muy siglo XX...

No, El Papa expuso ante nuestros compañeros, en conceptos resumidos, una alta lección de democracia. «Mientras los poderes seculares—dijo—han ido perdiendo algunos de sus atributos en el conjunto de la vida de los Estados, la Prensa los ha ido ganando hasta constituir una imagen de la verdadera soberanía».

¿Qué es esta nueva soberanía de la Prensa, cuando se ejerce rectamente, más que un reflejo de la soberanía de la opinión pública? ¿Y qué es la soberanía de la opinión sino la expresión constante de esa soberanía del pueblo que constituye la esencia misma de un régimen político democrático?

Pero, por lo menos, el Pontífice

(Páase a la página 292).

Política

Hemos recibido los Nos. 2 a 6 del año I de esta Revista mensual editada en Buenos Aires, y de que son Directores Alfonso de Laferrère y Julio Noé. Es un mensuario militante; combate con firmeza y denuedo el Gobierno del Dr. Alvear y versa sobre asuntos de política argentina relacionados con la enseñanza, las finanzas, la agricultura y otras fuertes actividades de la gran República del Sur.

Del examen de los cinco números que nos han llegado, sacamos en limpio algunos párrafos importantes.

Por ejemplo, éste de Manuel Gálvez, en el artículo *El espíritu de los partidos*:

Pero si jamás he intentado actuar en los partidos no ha sido por desin-

terés de la política, sino por la necesidad en que me encuentro, como novelista, de conservar mi independencia. Si actuara en un partido, ¿cómo podría reflejar alguna vez imparcialmente la vida de mi país? Pero esta independencia no me impide observar el fenómeno político y comentarlo.

Por otra parte, mis libros están llenos de política. Desde *El diario de Gabriel Quiroga* hasta *La tragedia de un hombre fuerte*, en todos ellos puede advertirse la preocupación por los problemas políticos. El último, especialmente, abunda en opiniones sobre las ideas directrices de los partidos y aun sobre las modalidades que los partidos ofrecen en la vida diaria. Considero una pedantería o una actitud anárquica el desprestigiar una cosa tan fundamental como la política. ¿Pues qué es la política sino el conjunto de las ideas y las formas que

rigen la vida del país y en las cuales su espíritu se manifiesta? Por esto, no hay obra de gran escritor de la que esté ausente la política. Política hay en Shakespeare y en Tolstoi, en Balzac y en Pérez Galdós, en Renán y en Nietzsche. La política, una cosa tan viviente como es, sólo falta en los escritores artificiosos; en aquellos que viven reclusos en su egoísta torre de marfil.

Este de Alberto Gerchunoff, en el artículo *El fascismo o el bolchevismo en los ganaderos*:

...La moda fascista perdura todavía entre nosotros después de haber sopladado el viento bolchevista. Los dos fenómenos responden a la misma incapacidad de orden y a la misma exacerbación del interés unilateral en oposición a los intereses comunes que definen a los períodos tranquilos y fecundos de un país.

Vivimos, por lo tanto, la hora del fascismo, un fascismo sin causas que lo vigoricen, sin desgarramientos que lo justifiquen y sin los inmensos relajamientos que lo produjeron en las naciones que soportaron el dolor y el horror de la guerra.

Se ha intentado muchas veces el parangón de Mussolini y de Lenin. No se ha establecido todavía la separación entre las doctrinas que los diferencian. Es que el bolchevismo más que una doctrina de la sociedad, es un método para destruirla; el fascismo, más que un programa político, es un método de opresión sin una finalidad prevista. Los dos son formas violentas del anarquismo, puesto que los dos tienen por ideal la dictadura.

El señor Lisandro de la Torre, en el artículo *Dictaduras, Parlamentos y Pueblos*, nos llama la atención con estas palabras oportunas y graves:

Cualquier historiador explica bien un hecho histórico después de ocurrido y señala el encadenamiento de sus consecuencias; en cambio, los espíritus más sutiles se equivocan en la inducción del porvenir.

La humanidad acaba de comprobarlo dolorosamente a raíz de la guerra mundial. Creían los pensadores más ilustres que su desenlace, en el supuesto de que la victoria favoreciese la causa de los aliados, consagrara la expansión definitiva de las instituciones democráticas y del republicanismo en el mundo. Parecía fatal hasta el colapso de las monarquías seculares que descansan en la adhesión fervorosa de pueblos tradicionalistas.

El raciocinio en que se inspiraban esas conclusiones era convincente. El

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

imperialismo, el militarismo y el autocratismo, causantes de la guerra, no encontraron en sí mismos cómo bastarse para satisfacer las terribles exigencias de su obra y pusieron un fusil en las manos de cada hombre válido en todas las naciones en conflicto. Era presumible que los pueblos armados de esa manera, hartos de sangre y de sufrimientos, después de cuatro años de horrores, hablarían al día siguiente de la paz en otro tono que los viejos ejércitos permanentes sujetos a la obediencia silenciosa.

Que Alemania, no obstante su civilización admirable, encarnaba la idea de la fuerza como concepto central para el gobierno del mundo, y que Inglaterra, Estados Unidos y Francia representaban lo contrario, no podía negarse. ¡Y entonces, cuán lógica parecía la preeminencia futura de los ideales democráticos!

No se vió con suficiente nitidez, cómo la destrucción inmensa de riquezas que debía esparcir la miseria sobre toda la tierra, sería un aliado de la reacción, más poderoso que el idealismo de Wilson. La reconstrucción del mundo resultaba más compleja que sus catorce puntos y la realización de su más noble y genial proyecto: La Liga de las Naciones, se alejaba con el choque siniestro de los conflictos económicos.

La libertad y la fraternidad son inseparables del bienestar de los pueblos y de un grado de cultura por lo menos medio, en las masas. En cambio, la reacción antidemocrática bajo todas sus formas, antiparlamentarismo, clericalismo, armamentismo, capitalismo sin freno, crece a la par de la escasez y del dolor.

La confianza que yo tenía hace diez años en el avance final de la democracia, no la he perdido, y espero, en cuanto cambien las condiciones materiales del mundo, verla reanudar su marcha interrumpida. A despecho de

Lenin y de Mussolini, creo en el término inexorable de todas las dictaduras, apenas pasen las circunstancias que las produjeron y que se explican sin caer en contradicciones. La Duma rusa, predestinada a despedazarse en la anarquía, como sucede siempre a las corporaciones deliberantes en las grandes crisis, incubaba, sin quererlo, la vuelta del zarismo, y Lenin, al disolverla, salvó la revolución proletaria; y en Italia el Parlamento impotente que languidecía en Montecitorio, anarquizado también por la funesta ley electoral del cuociente, reclamaba un interregno dictatorial para derogarla y para mantener inteligentemente, el orden indispensable a la vida social y política, amenazado por un contagio extremista insensato, que iba empujando a Italia a la situación de Rusia, sin que gravitaran los incontables justificativos de la revolución rusa.

Pero ni estos dos casos excepcionales de la Rusia e Italia, ni lo que ocurre en Alemania por razones también especialísimas, prueban lo que pretenden extraer los heraldos de la dictadura.

Digo dos casos excepcionales y no tres, dejando de lado a España, porque se trata de fenómenos esencialmente distintos. Lenin y Mussolini conducen dos revoluciones populares, que se han impuesto, a despecho de las fuerzas militares de los regímenes anteriores a ellas, mientras que Primo de Rivera ha realizado un simple pronunciamiento de cuartel, aprovechándose mafiosamente del desprestigio de los gobernantes civiles para apoderarse del gobierno, y anular los procesos de los otros generales vencidos sin gloria en el Riff.

Ni los dos casos pues, de Rusia y de Italia, por lo mismo que son excepcionales, ni el zarpazo de Barcelona, ni el conato de Munich, prueban que haya aparecido ninguna razón permanente que aconseje la vuelta a los gobiernos despóticos y el repudio de lo que ha sido y sigue siendo la mayor conquista política de la humanidad: el régimen representativo.

No se concebiría por eso la apología de la dictadura en Inglaterra, cuyo pueblo decidirá en los comicios del próximo 6 de diciembre la orientación de la política aduanera, por decisión del propio gabinete, y tampoco se concebiría en los Estados Unidos.

El parlamentarismo dista mucho de realizar la perfección práctica en el gobierno, porque no existen sistemas perfectos de gobierno. El parlamentarismo es el sistema que mejores resultados produce teniendo en cuenta las imperfecciones humanas. Eso basta para justificarlo. Antes de que lo adoptaran las naciones que se llaman

civilizadas y libres imperaba el poder personal que hoy se recomienda como una novedad. Es un viejo conocido de todos los siglos, inseparable de la arbitrariedad, de la corrupción y del atraso.

En ninguna parte es más peligrosa que en nuestro país la denigración sistemática del régimen representativo. En primer término, esa prédica es disolvente y estéril, puesto que no existe la posibilidad de inventar instituciones mejores que substituyan a las existentes y en segundo término los detractores del parlamentarismo argentino no pueden negar con honradez que sus defectos reflejan ante todo, un estado inferior—moral y mental—de la nación. A donde quiera que se vuelvan los ojos, al poder ejecutivo, al poder judicial, a las universidades, a las administraciones autónomas, a los gobiernos de provincia, a las corporaciones comunales, a los partidos políticos o al periodismo, el espectáculo que se observa no es superior al del Congreso. Sin embargo, la crítica no ve más blanco que el Congreso, aunque la ineficacia, la mediocridad o la corrupción sean generales.

Todo gobierno es un índice de un estado social, con independencia de la forma de las instituciones existentes. Bajo la república Inglaterra no sería más libre, ni Abisinia lo sería menos. Alemania antes de la guerra, regida por un emperador con gabinete irresponsable, hacía pensar en la autocracia y tenía sin embargo, la mejor justicia y las mejores universidades del mundo, es decir, dos expresiones indudables de libertad y de cultura. En la Argentina el mal parlamento es correlativo como acabo de decirlo, del mal ejecutivo, de la mala justicia—hay provincias donde toda calificación palidece ante la realidad—de la mala enseñanza, de la mala e impura administración, de los malos partidos, de la mala prensa y de las malas costumbres. Quiere decir que el mal no está en el parlamento, sino en la ausencia de una opinión pública sana, consciente y activa.

Los adversarios del régimen representativo dirán que la observación que formulo los favorece, puesto que si la existencia de una opinión pública consciente y activa es condición esencial para su buen funcionamiento, y esa opinión no existe en la Argentina, urge reemplazar la libertad por la dictadura: sofisma grosero, pues allí donde las imperfecciones sociales no permiten que el régimen representativo funcione bien, el poder personal irresponsable funciona peor.

...La voz del patriotismo, desinteresada y elocuente, debería escuchar

otras solicitaciones. Inculque a los partidos la necesidad de afirmar sus principios, depurar su moral y mejorar sus métodos; exhorte a la prensa a emitir sus juicios con más conciencia de lo que dice; reproche a los egoístas, a los arrivistas y a los cínicos su menosprecio por los deberes ciudadanos; estimule el interés del pueblo por el bien público y así mejorará la práctica del régimen representativo argentino, lentamente, siguiendo el ritmo secular de todos los progresos sociales...

Y al cabo, estas elocuentes palabras del señor Delfín Ignacio Medina, en el artículo *England for ever!*, nos han llegado a lo entrañable del espíritu:

Es que la Inglaterra de la nota de Baldwin es «la otra», la que malogrará el magnífico esfuerzo desplegado en la lucha; la que va en camino de imponer a sus aliados, los principios bárbaros en contra de los cuales se batió con tanto heroísmo y de abandonar a sus compañeras de armas, por sus adversarios de ayer, que no sólo desataron sobre ella la iniquidad de una guerra sin cuartel, sino un vendaval de injurias.

¿Será menester, para impedir este bochornoso extravío, recordarle aquellos días memorables, en que la lealtad de los franceses correspondía a la entereza de los británicos?

¿Habremos de invocar para detenerla en su amenaza de quebrar «la

entente», la fraternidad gloriosa de los ejércitos vencedores?

¿Tendremos que remover el sagrado acervo de la lucha, acrecentado por Francia, en la hermandad del sacrificio, hasta el comando único de Foch?

¿No son suficientes para garantizar su inviolabilidad, los dolores, las heridas, las honras, los laureles y las tumbas comunes que lo constituyen?

¿No es todo esto más respetable que la depreciación eventual de la libra esterlina, el cobro de deudas de sangre, y las manipulaciones de una comandita de banqueros vinculada a Stinnes y su banda internacional? ¿No es así, Rudyard Kipling?

Mantener íntegro ese acervo, polarizar la civilización en la armonía de sus dos fuerzas primordiales, «that is the question».

Los números de Mr. Baldwin, no alcanzarán nunca a cubrir con sus millones los millares de tumbas abiertas en el suelo francés. Los valores éticos no son fungibles y una vez que Inglaterra los tire al mercado, haciendo efectiva su amenaza de desconocer el tratado de Versalles, caerá en la reprobación y descrédito universal.

«To be or not to be» es el problema de su destino. Pero la alternativa shakesperiana, se convierte en un paralelismo materialista muy poco filosófico: cobrar y vender.

Cobrar a sus amigos, vender a sus enemigos; he ahí la síntesis innoble de la actitud británica.

Con profunda amargura comprobamos estos hechos y exponemos las reflexiones que nos sugieren. Quisiéramos saludar a Inglaterra, gritando como en las canchas de foot ball o de rugby: ¡England for ever! ¡For ever! Pero después del «goal»... la tarde perdida. En la historia como en los estadios: torpe o diestra, calculadora o impetuosa, recta o agazapada, entera o medrosa, nación o mercado, imperio o factoría.

¡England for ever! Nos impone el espectáculo portentoso de tu grandeza. Te admiramos dueña del mundo y de su espíritu. Te admiramos por Shakespeare y por Byron; por Milton, por el paraíso que recuperaste y por la epopeya de su conquista; te admiramos a pesar de los espectros de María Estuardo y Carlos I, a pesar de la tragedia sud africana, de tu cuenta *manos infectio* sobre Irlanda, a pesar, muy a pesar de tu aventura corsaria de las Malvinas. Te admiramos sin amarte, Inglaterra, porque la torre de Londres es tu justicia y Gibraltar tu derecho. Te admiramos por tu dominio unánime de los mares, por tu energía viril dispersa en el mundo, por tus entrañas protervas y titánicas, por tus fábricas jadeantes y tus proas

"La Revue Contemporaine"

71 años de existencia

CHARLES RIVET,
DIRECTOR

COMPLETAMENTE RENOVADA, APARECE EN PARÍS, CADA QUINCE DÍAS. LOS ESPÍRITUS MÁS GRANDES del Siglo XIX fueron sus colaboradores; los más altos del XX lo son hoy.

Es la REVISTA CONTEMPORÁNEA por excelencia. Su DIFUSIÓN ES MUNDIAL.

HA CREADO una Redacción Ibero-Americana bajo la dirección de ALEJANDRO SUX.

Si es Vd. un intelectual y se interesa por los problemas internacionales y el movimiento cultural del mundo debe suscribirse a LA REVUE CONTEMPORAINE.

Si es Vd. un intelectual y un patriota y desea que sus ideas y las manifestaciones más nobles de su país sean conocidas por las élites de todos los pueblos, debe colaborar en LA REVUE CONTEMPORAINE.

OFINAS: Rue Reaumur, Nro. 53, PARÍS (ame)

Suscripción: 55 francos por año

aceradas, por tu fuerza, por tu fuerza, ¡England for ever! Te respetamos, por tu Carta, tu Parlamento y tu *home*, fortaleza individual de los libres, pero te tememos, por el duque de Hierro, el prisionero del Belerofonte y el escarnio de Mudson Lowe.

¡England for ever! El manto de tus reyes es un piélago oceánico; rutas de tus empresas son los derroteros del orbe; no hay viento que no conozca tu pabellón ni playa que no lo haya visto izarse bajo su asta romana. Eres dueña de los hemisferios, porque tu frontera fué el mar. Tu genio impera en las nieves del Polo, en el fuego de Africa, en las praderas todas de la tierra, sobre sus ríos, sus estrechos, sus pueblos remotos y sus civilizaciones extintas. El Nilo, el Jordán, el Ganges, el San Lorenzo, el Orange, arterias de tu organismo, tentáculos del monstruo. Has hecho de la historia de tu corona una leyenda oriental: reyes de reyes, imperios milenarios y fabulosos, riquezas y riquezas, millones y millones de siervos. El mapa del mundo es el catastro de los dominios de su isla solariega.

«*Britania rules the waves*». No lo ignoramos, porque somos los herederos de España, y ayer mismo lo recordábamos. Más fuerte que las cadenas de Jerjes, han sido las de tus anclas. Te enseñoreaste del mar. Eres su amo, lo rectificas, lo gobiernas, lo dominas, lo conoces hasta en su lecho de rocas.

England for ever: ¿por qué no haces lo mismo con tu conciencia? ¿Por qué no la exploras guiándote con la brújula de la honradez y con la humilde lealtad de tus pescadores? ¿Por qué renuncias a este crucero en el cual puedes recoger el honor de tu nombre y de tu firma, el bien de tus hijos y la paz del mundo?

¿Temes un naufragio, amo del amar? Sonda entonces tu codicia. ¿Acaso no tiene fondo, England for ever?...

Como se ve, *Política* es una revista muy buena, bien escrita y bien orientada. Correspondemos tan gustosos al canje.



La nueva soberanía...

(Viene de la página 289).

Romano ¿sostendría la necesidad de limitar y reprimir este nuevo poder que, por el órgano de la Prensa, ejerce en el mundo la libre opinión pública? Nada de eso afirmó. ¿Cómo un poder, así condicionado, iba a ser imagen de la soberanía verdadera? Sólo de una limitación habló Pío XI: los límites que impone al propio escritor el íntimo sentimiento de su responsabilidad. «Tengo la firme convicción—añadió—de que sois dignos de la gran responsabilidad que os incumbe». ¡Bella actitud, después de todo, la de un Padre de almas que, en estos tiempos de predominio de la fuerza, ensalza el Poder meramente espiritual de la opinión y de la imprenta, y juzga que van disminuyendo las atribuciones de los poderes seculares del Estado!

¿Será que, por ventura, tiene hoy la Iglesia un Pontífice liberal? Nada de esto. El Papa sigue siendo el venerable custodio de las tradiciones. Pero no olvida que vive en 1923. Tiene que abarcar, desde lo alto, los problemas del orbe. Aspira a conservar su in-

fluencia histórica en la política de los pueblos modernos; piensa en la posible evolución hacia el catolicismo en ciertos medios de la Gran Bretaña; quiere atraerse las simpatías de los conservadores luteranos de Alemania; suspira por la unión de las Iglesias de Oriente; ha iniciado una reconciliación con el Estado laico de la República francesa; conoce la crisis del catolicismo en Checoslovaquia con la fundación de una Iglesia nacional y liberal; olvida el recuerdo del poder temporal del Pontificado y los viejos anatemas contra la monarquía de Saboya y la gloriosa unidad de Italia; mira hacia las democracias de América; desearía obtener un puesto en la Sociedad de las Naciones... La Santa Sede no deja de ser una derecha social en la vida moderna. Pero, ante nuestras derechas fanáticas, todavía el liberalismo y el espíritu avanzado van a tener que ampararse bajo los tres áureos cercos de la tiara.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid)

La Navidad de Jesucristo

I

CUANDO va a terminar el año, nace Jesús. Siempre nace y renace al terminar los años, y nos trae las promesas de su gloria y su paz sobrenaturales. Es el paradigma de las cosas humanas que aspiran a ser divinas. Prácticamente, entre él y Dios no hay diferencia. Porque, ¿quién sabe lo que es Dios?, por una parte; y, ¿quién sabe lo que es el hombre?, por otra.

Para decir «no es Dios, no fué Dios», se necesitaría haber averiguado, previamente, la esencia de la Divinidad. Averiguación imposible; de todo punto vedada a las gentes. ¿Quién sabe hasta dónde se prolonga la naturaleza humana en su desarrollo imprevisible?... Dios y hombre pudo ser aquel maravilloso sacrificio por su propio deseo y su deliberada intención.

Yo poseo un criterio, excelente a mi ver, para probar la incuestionable superioridad de Jesucristo sobre todos los seres humanos. El criterio es el ánimo de sacrificio; la apoteosis y la negación suprema de la individualidad psíquica. Mientras más se sacrifica uno es más libre. Sólo el que lo da todo se posee a sí mismo. ¿Por qué? Porque es el único acto que no se explica por un

orden o una ley superior al acto mismo. Codiciar, apetecer, desear, es ser esclavo y heterónimo. Solamente es autónomo y libre el que se liberta de la codicia, el apetito y el deseo. Cuando ambicionamos algo, somos los esclavos de lo que ambicionamos. Como el amante que no más halla consuelo en el objeto de su amor y para el cual el mundo no existe, así son todos los apasionados, todos los deseosos. Viven anhelando el bien que ansían y a él subordinan su ser. Quien busca riquezas es esclavo de ellas; quien pretende honores, a los honores se esclaviza; quien ambiciona voluptuosidades, no existe para sí sino para las voluptuosidades que le inflaman. Querer es ser esclavo, es obedecer a una ley diversa de la propia sustancia, es confesar un principio activo diferente de la genuina actividad. Sólo el que se sacrifica se posee a sí mismo. En el acto de sacrificio se cumple la negación de la individualidad y el apoteosis de la

Del tomo próximo en adelante, espere, busque los *Suplementos* del REPERTORIO; serán cosa de mucho valor. Coleccionados, le harán a fin de año un tomo de lecturas variadas y escogidísimas de 384 páginas en 4º.

persona. Se es fuerte para dar y por eso se da todo, por encima de toda ley y de todo orden. En ese instante sagrado y único se es ley y acto indiscerniblemente.

II

El universo entero es un esfuerzo para alcanzar la libertad, la paz, la «afirmación sin contradicción». Todos los seres, animados e inanimados tienden a ser libres, absolutamente libres. El mineral, dice Aristóteles, tiende a ser vegetal; el vegetal tiende a ser animal; el animal pugna por ser hombre... y todos son esclavos, todos obedecen a un mandamiento extrínseco a su propia naturaleza. No más Cristo pudo realizar por completo su individualidad en el sacrificio de la Cruz. Por esto es el modelo de los hombres. Por esto hace muchos siglos se va en su busca y no se le acaba de encontrar; porque para encontrarlo hay que ser como él. Sólo quien pueda obrar como él obró, será hijo suyo. En las laderas del Monte Calvario, cerca de la Cruz, están los justos del mundo. Francisco de Asís, Vicente de Paúl, San Luis Rey de Francia, Santa Teresa de Jesús, Agustín, Jerónimo, Basilio, el Crisóstomo, Pascal, Tolstoi... Todos renunciaron, pero no fueron la renuncia absoluta que implica la caridad divina. Ninguno es digno de prenderse de nuevo sobre el santo madero vacío. Ahí queda el leño, el lábaro, aislado en su gloria y luminoso a través de los siglos. ¡Quien pueda crucificarse de nuevo habrá igualado al Señor!

De aquí que toda la moral y toda la libertad humanas se compendien en la imitación de Jesucristo. Podría suprimirse la ética como teoría y como sanción; como metafísica y como derecho, y decir a los individuos y las naciones esta palabra única: «imitad a Jesús».

III

Nuestro siglo es codicioso, rencoroso, atrabiliario, sanguinario, perverso. Pero todos los siglos lo han sido también. El progreso moral no existe. Progresamos en otros órdenes de la actividad histórica, mas no como sujetos de moralidad. Hoy hay tan pocos santos como siempre. Hoy hay tantos malvados como siempre. El egoísmo no ha cedido un punto; la codicia no ha disminuido un ápice; la perversidad se mantiene inalterable. Porque el progreso moral está en la intención de la voluntad, y en nuestro tiempo la intención es tan pecaminosa, limitada y cobarde como cuando Claudio y Calígula regían, desde su solio imperial, los destinos humanos.

Nuestra ciencia y nuestra industria realizaron progresos estupendos. ¿Qué no puede el entendimiento guiado por la pasión? Ayer, nuestros abuelos cabalgaban sobre caballos y mulos; nuestros padres cabalgaron sobre el vapor aprisionado sabiamente en las calderas de las locomotoras; nosotros cabalgamos sobre la electricidad domesticada en los aeroplanos; nuestros hijos o nuestros nietos cabalgarán sobre un rayo de sol de estrella a estrella; y, a pesar de tantas conquistas industriales y científicas, Caín seguirá degollando a Abel y Jesucristo implorará desde su cruz vacía el ánimo de seguirlo heroicamente, desdeñando las vanidades de la codicia y la farsa para ocupar un sitio, siquiera fuera pequeño y apartado, en las laderas sacrosantas del Gólgota.

IV

Un nuevo año se inicia para la patria mexicana y nos encuentra con las armas en la mano y el odio en el corazón. ¿Seguiremos así siempre? ¿Todos los años, al volver enero, nos hallará el mundo realizando nuestra terrible e inveterada actividad? ¿No descansaremos de desbaratarnos? ¿Tan

fuertes somos que nos sobra la sangre de la Patria para derramarla nosotros mismos? ¿Nunca otorgará una tregua Caín?...

Acaso el bien esté próximo y no lo sepamos. Tal vez se anuncie la paz con la última guerra. Quizá el estampido del cañón suene por vez postrera. Habrá augurios de bienandanza en el humo de la pólvora fratricida. ¿Cómo podríamos vaticinar lo que vendrá si ni siquiera podemos saber por qué nos acaece lo que hoy nos martiriza? Tengamos fe en el bien que nunca llega. Creamos que México vencerá al fin las causas contrariantes de su bienestar; creamos, sí, esperemos en Cristo. En el Cristo de los socialistas y los católicos, de los luteranos y los bolsheviki; en la gran promesa humana de la victoria que es Jesús. Y sino sabemos sacrificarnos, pidámosle siquiera no desesperar en la angustia de estos instantes terribles. Quien no crea no espera y no ama. Que esta Natividad nos brinde a los mexicanos las pascua florida del amor.

ANTONIO CASO.

México, 24 de diciembre de 1923.

(Revista de Revistas,
México, D. F.)

Orgullo de raza

DE linajuda blasonaba en Villapinar, mi sencillote y novel terruño, la familia de doña Luz Linort. Nadie, de la curia para abajo, osaba poner en tamiz de duda la autenticidad de sus pergaminos que no por apolillados dejaban de comprobar que el abuelo paterno de la respetada matrona había sido echado al mundo por María Cristina de los Santos Cuneros y Amadia, descendiente en línea recta de unos muy nobles señores cuyo castillo feudal diz que se miraba altanero allá en las ondas del Guadalquivir.

La casta materna, aunque de ello nada asomaba en cédulas bautismales ni en registros civiles, también tenía —asegurábalo doña Luz—, nexos bien definidos con un mariscal aragonés, figura de alta nombradía en la corte de no sé cual de los Alfonsos. De todos estos timbres, si existieron por acaso, perdidos en la lejanía de casi

un siglo, sólo quedaba en pie el fuego sagrado del recuerdo, lo que era suficiente para goce y báculo de orgullo en la familia Linort.

De haberes, para esta época no quedaban muchos a la preclara doña Luz. De los felices tiempos en que su esposo, banquero afortunado y generoso —, oriundo de una Antilla inglesa—, vivía, restaba una enorme casa de estructura casi conventual, situada en el barrio céntrico de la ciudad, y un exiguo capital cuyos rendimientos manejados con tino apenas permitíanle un mediocre vivir.

De la mayor de las hijas de doña Luz, doncella hermosa, en verdad, que ostentaba, como su madre, una cascada dorada sobre la cabeza a guisa de cabellera y dos enormes zafiros bajo las cejas, enamoróse efectivamente Paquillo Mendel, quien si no tenía, cierto era, abolengos de qué presumir como su amada, poseía una atrayente figura morena y el corazón más potente y generoso de Villapinar.

Los Linort gustaban de la amistad de Paquillo, gozaban con su ameno decir, con su cortesanía, pero el día —, malaventurado si los hay—, en que doña Luz comprendió que entre los dos jóvenes se iniciaban las primeras

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

escenas de amor, las iras celestes, aquellas que arrasaron a Sodoma, nada fueron si se las compara con las que se desataron sobre el joven. ¡Cataclismo! ¡Cataclismo!

¿Yerno de doña Luz? ¡Eso, jamás! ¿Esposo de la rubia Sofía aquel abogado semi-mulato de ninguna valía? ¡Nunca!

Y llovieron disgustos sobre la familia Linort. Ríos de llanto tornáronse los encantadores ojos de la niña apasionada. Don Jaime, tío de ésta, iracundo plantó a Paquillo en la puerta hablando de raza, osadía, estirpe, imposibles...

Nada lograron la intervención de parientes respetables ni los consejos razonables del padrino de Sofía, honradísimo sujeto que veía en Mendel al tipo del hombre correcto, merecedor de la mano de mujer más blanca y mejor pulida. Por último, el Padre Colan, director espiritual de la familia, intervino también con la misma desdicha...

—No y no!—decía severo el tío—. Ese inservible pasará antes sobre mi cadáver!

—Primero querría verla muerta—, agregaba doña Luz.

—Absurdo, imposible!—decían los hermanos.

—Imposible—repetían los criados.

—¡Imposible!—repetía el eco de la vieja casona.

Sólo doña Rosa, madre de doña Luz, septuagenaria que abundaba en dulzura y en lógica tanto como en días vividos, aventuró observaciones cierto día:—Dejá, Luz, que se case la niña. No es malo Paquillo. La raza, hija; la raza... no se debe tener muy en cuenta...

Y sucedió entonces que doña Luz bufó. La cólera la violó el rostro. De su boca brotaron frases rudas, groseras, horribles. Parecía un pirata sobre la cubierta de su barco en fuga después de un golpe poco certero.

Su madre se asustó. Temblando, acurrucada en su sillón calló y principió a repasar las cuentas de ébano de su viejo rosario, mirando y mirando a su hija...

* *

Cuando Villapinar era un modestísimo caserío en donde nadie soñaba con caminos de hierro, cuando los campos que le rodeaban eran únicamente zarzales y su régimen policivo estaba aún por establecer, existía en sus cercanías un célebre bandido que si no tenía como los de Sierra Morena, gruta, cuadrilla ni tesoros, sí poseía un valor salvaje y la crueldad suficiente para ser temido por grandes y pequeños. El Manolo—, su nombre de guerra—, contaba fechorías por

docenas, y con la misma facilidad desplumaba un ave sustraída en cualquier cercado, que suprimía a golpe de puñal, de sable o de garrote, la vida de cualquier prójimo que por desgracia se cruzara en su camino.

Era aquel hombre de buena facha, aunque del todo montaraz. Sin ley ni Dios que refrenara sus instintos de fiera, merodeaba por los arrabales y montes de Villapinar. Más de una vez fueron víctimas de sus violencias las incautas campesinas que al brillar el alba entraban al poblado conduciendo su pobre comercio de frutas, aves y legumbres para el mercado.

Algunos inviernos contaba ya el Manolo, y sus hazañas un tanto olvidadas andaban, cuando un día, rico en luz de sol y aromas primaverales, una gira de campo le dió ocasión para efectuar con audacia y valor dignos de un Dios mitológico, un soberbio golpe donjuanesco. Una virgen morena de arrogante juventud, pertene-

ciente a la *élite* de Villapinar, cayó entre las manos del bandolero.

.....
Doña Rosa en uno de sus últimos días contó esta historia antigua a doña Luz, y agregó:

—Yo tenía veinte años cuando me aconteció esa atroz desgracia... ¡Horror! ¡Ese recuerdo! Mi matrimonio con mi santo y generoso Jorge estaba concertado ya. Se efectuó pocos meses después. Pero tú... tú... mi primera hija... tú...

Doña Luz cortó el relato de su madre con un grito agudo y desesperado. Después, sin iras, sin reproches, lloró... y doña Rosa, la anciana septuagenaria que abundaba en lógica y en dulzura tanto como en días vividos, lloró también. Sus dedos enjutos pasaban y repasaban las cuentas de ébano de su viejo rosario...

LYDIA BOLENA.

1910.

Credo del caminante

Para el REPERTORIO AMERICANO

Nada detiene al corazón divino y a la inteligencia humana. La ignorancia tenebrosa y hostil, se justifica, única enemiga!

y un halo de esperanza tiñe en rojo las sombras!

Tener el alma abierta a los impulsos todos del mundo:

ser dócil ante las muchedumbres, fuerzas vigorosas

sobre la tierra, dinamicidad del espíritu de los tiempos,

y tener admiración por los solitarios, fuerzas

cósmicas, inyecciones de futuro en la mediocridad superior de los tiempos!

Y en vez de leones huraños en la cueva sin fin de las pasiones personales,

ser espectadores viajeros en los paisajes de espléndidos horizontes;

y así la ciencia y la filosofía y el arte se abren a nuestros pasos

como graderías sucesivas de la cosmogonía de lo cotidiano, que es decir, de lo eterno!

Ver por encima del bien y del mal, es verlo todo;

elegir lo mejor, es adquirir poder de dominarlo todo!

Emplear la fuerza bruta en las contiendas del progreso,

de la historia un hecho es, y vergonzoso: no una Ley.

Lo de arriba arrastra a lo de abajo: todo tiende a subir.

En vez de la fuerza bruta, el artificio; el artificio revela inteligencia,

y el progreso, obra de la inteligencia es.

La humanidad, caldeada, no admite ya inocencias:

quiere luz, quiere vigor,

quiere hombres despiertos, no pedazos de carne estancada.

Y he aquí la labor de los hombres futuros:

guiar su corazón, su corazón encantado y entusiasta y lleno de esperanzas,

seguro de la existencia de las fuerzas anímicas de la Naturaleza,

poseído del alma que alienta todo aquí sobre la tierra y en los espacios,

guiar ese corazón y esos convencimientos

inteligentemente: poniendo a su servicio los medios de los tiempos,

atrayéndolos a todos hacia sí, amigos y enemigos,

poniendo en el nivel de los demás el peldaño que les falta para ser superiores!

Sustraerse a la edad en que se vive es cobardía;

o es impotencia; o es falta de una clara visión de las cosas:

porque todo es continuidad y en el instante están el pasado y el porvenir!

Y emplear la violencia contra la pasión es haber sido antes indignos;

y renegar del engaño de los demás o de su incuria, es haber sido torpes;

y atribuir al destino nuestros propios fracasos, es no ser consecuentes!

Porque todos los seres tienen su razón de ser como son;

y con un poco de amor en el pecho, sentiremos la vida íntima de los demás,

con sus imperfecciones, con sus facultades, con sus dones excelsos.

Y así, en la plenitud de la propia conciencia,

el hombre vé en todo una sucesión de categorías,

y no habrá para él más muralla que se le oponga ni más fuerza que le resista,

sino las que le impidan perder el rumbo de su perfeccionamiento.

RAFAEL ESTRADA

Eduardo Uribe ⁽¹⁾

En la presentación del tomo de versos LA VOZ OBSESIONANTE, que en el curso de este mes verá la luz, bellamente editado por la Imprenta Alsina.

BAJO el hastío callado y doliente que mana de la mirada y parece envolver la presencia toda de Eduardo Uribe, se adivina el escintilar de su poesía y el fulgor de su juventud, como tras la oscuridad de los lluviosos cielos de invierno el palpitar de las estrellas.

Es tan joven, que aún la huella de la infancia está fresca sobre su frente entristecida por el martirio de pensar. Y yo pienso en esta infancia que debe haber sido poco ruidosa y en la que tienen que haber abundado pasajes como aquel de Hartley Coleridge, el tierno e infantil poeta inglés, cuando niño de cinco años fué llamado por alguien en ocasión en que estaba sumido en sus divagaciones:

—«¿Cuál Hartley?»—pregunta el soñador.—«¿Acaso hay otro Hartley?»—se le contesta.—«Yes, there's a deal of Hartleys. There's Picture-Hartley, and Shadow Hartley and there's Catch-Me-Fast-Hartley».

Y al escribir estas líneas me digo: Mas ya hoy si alguien lo llama no preguntará como el Hartley niño si es al del retrato o al de la sombra a quien se desea. Tal vez su pensamiento responda más bien así al llamamiento: —¿A cuál queréis? Al cazador de ensueños, al pecador, al misántropo o al amante? Porque estos seres y una multitud más, entran y salen febriles, arrepentidos, lacios, alados o en llama en esta criatura que es un palacio encantado porque es un poeta.

Muchas veces me pregunté al verlo sumido en su taciturnidad: ¿Qué abuelos cuya carne es hoy polvo, son los que han venido a atormentar este espíritu en flor, con el dolor de sus ilusiones no realizadas, con los racimos de capullos vacíos en donde se formaron las alas de sus esperanzas, con su ansia de escudriñar el misterio de la Vida y del más allá, con su sed de amor no saciada y su dolorosa desconfianza en el comercio con los hombres? ¿Qué rey Salomón ya viejo, hastiado de todas las voluptuosidades gime en lo hondo de esta conciencia y la hace llorar por pecados no cometidos y sentir cansancio por una existencia no vivida, retorcerse de ardiente inquietud y prorrumpir en lamentaciones en las cuales suspira el «Vanidad de vanidades y todo vanidad» del sabio rey epicúreo?

(1) Eduardo Uribe es hijo del famoso escritor colombiano JUAN DE DIOS URIBE.

Eduardo Uribe hace pensar en el *Adolfo* de Benjamín Constant: es la misma timidez, el mismo afán cruel de análisis, de soledad y de muerte. Probablemente más de una vez ha pensado lo que el otro escribiera: «No tenía odio contra nadie, pero pocas personas me inspiraban interés». «No me encontraba a gusto sino solo, y tal es, aun hoy, el efecto de esta disposición de alma, que, en las circunstancias menos importantes, cuando debo escoger entre dos partidos, la figura humana me turba y mi movimiento natural es huir de ella para deliberar en paz».

Y su egoísmo es probablemente de la misma naturaleza del de este héroe de aquella novela: «tout en ne m'intéressant qu'à moi, je m'intéressais faiblement a moi-même».

Sin embargo, he aquí como en lo profundo de este ser, despierta la Encantada Durmiente del Bosque. Es que el príncipe Juventud ha venido a des-embujar a la princesa Poesía que durmiera su sueño de maleficio en el fondo del castillo sombrío, enmurallado por zarzas y cuyo silencio sólo era interrumpido por el ulular del viento.

Sí, es la Juventud que logra abrirse paso a través de torturas ancestrales, de la desolación que la propia experiencia acumulara, y se acerca vestida de sombra con la palabra Amor temblando en los frescos labios como el lucero de la mañana en el seno de la aurora. Y la princesa sonríe sobre la superficie negra del sueño en que estuviera sumida, se incorpora... comprende al fin, tiende los brazos al amado y exclama: «¿Sois vos mi Prín-



EDUARDO URIBE

cipe? ¡Cuánto os habéis hecho esperar!» Luego, suspendida del cuello del amado, cuenta el horror de su sueño, la persecución de la pesadilla, el dolor de su existencia,—alondra debatiéndose en las tinieblas contra las rejas que para aprisionarla forjara la Muerte. Su voz es el gorjeo del ave lírica que se liberta al fin, que se remonta de la gleba hacia el sol, agujereando nubes como una flecha melodiosa y que sacude de sus alas las perlas negras que la noche sin fulgores dejó en ellas.

Tengo entre las manos las páginas que el poeta ha escrito para formar su libro de LA VOZ OBSESIONANTE. Cierro los ojos y pienso emocionada en la luna nueva que en la melancolía del crepúsculo es una copa de penumbra dentro de la cual la luz comienza a escanciar, lenta y silenciosa, su vino de Amor.

CARMEN LIRA

Octubre de 1923

La finalidad de la educación civil

Educación no es hacer repetir durante uno y otro año trozos de Catecismo Astete u Ortografía versificada, aprendidos a fuerza de memoria y sin darse nunca cuenta precisa del sentido de tan laboriosas disciplinas. Educar es formar el carácter del individuo mediante la inculcación de las nociones de sus propios deberes. Educar es modelar sobre la masa amorfa de los instintos las nobles facciones del ciudadano.

La fuerza de un pueblo, más que en sus potencialidades económicas, se halla en las bases morales que sustentan su organismo. Porque ese sustentáculo moral está constituido por el conjunto de tradiciones y de ideales que vienen a constituir a su vez el patriotismo. Reafirmar los vínculos espirituales que ligan a los ciudadanos de una misma patria, he ahí la finalidad de la educación civil.

B. J.

Un recuerdo y una hipótesis

EN el último tercio del siglo pasado vivió en Riohacha el famoso sabio Eliseo Reclus, autor de una enorme y documentada obra de Geografía Universal. Este suceso memorable, que debiera llenar algunas páginas de la historia colombiana, ha ido desvaneciéndose con el correr de los años, hasta el punto de que la labor del ilustrado y paciente geógrafo francés anda perdida en la histórica villa, como un recuerdo viejo e inútil, asociada a las mustias glorias de una época inestimable y desconocida.

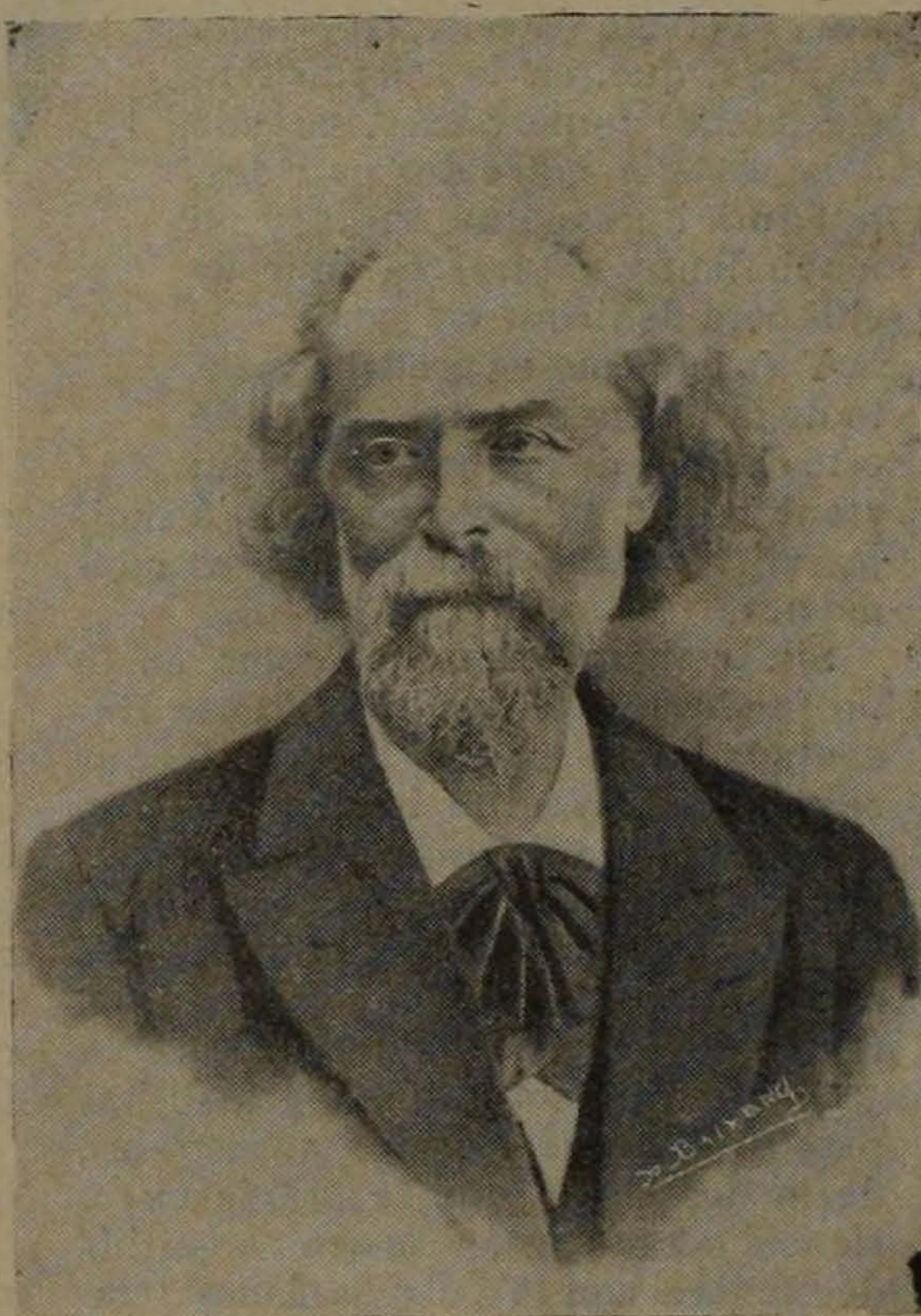
Es posible que en algunas de sus diligentes y apasionadas correrías a través del mundo, aquel enamorado de la ciencia viniese a parar a nuestras costas con el sólo fin de añadir un capítulo a su monumental geografía, tan celebrada entonces, cuando ni siquiera soñaba la humanidad con los progresos modernos, que habrían de poner en contacto fecundo a los más distantes habitantes de la tierra. Pero, cabe preguntar: ¿Vino Reclus hasta nosotros con un propósito determinado, o fué simplemente la casualidad la que lo indujo a plantar sus tiendas de investigador en las escuetas playas del mar Caribe? ¿Qué viento impropicio empujó su nave hasta la península de la Goajira? No es fácil saberlo. Ni en los libros del sabio ni en la suerte de actividades a que hubo de dedicarse durante su permanencia en Riohacha, se adivina la voluntad deliberada de hacer obra especial. Apenas si habla en su Geografía de la Península y establece muy de paso sesudas observaciones sobre las tribus indígenas que descastadas y diez-madas la habitan aún.

A aquéllas quiero referirme, consagrando antes a su autor una memoria tardía que ojalá se traduzca en reivindicadora iniciativa y logre perpetuar el tránsito ocasional por nuestras costas, de aquel cerebro vigoroso al que movió la más pura afeción por la naturaleza y sus desconocidas maravillas.

¡Cruzar un mundo para descubrir con los propios ojos una lejana península, o un lago de cristalina virginidad, enjoyado entre adustas e impenetrables montañas! Hé ahí una pasión excelsa, con cierto dulzor de romanticismo, como tantas otras de las que conmovieron el siglo pasado, dignas tan sólo de enseñorearse en los mágicos cerebros de Pasteur, Bernard y demás linajudos de la Ciencia. Mientras unos persiguen en el laboratorio la parábola desconocida de los micro-

organismos, otros, como Reclus, vanse por los continentes abriendo cauces a la sabiduría, arterias que son hoy el vehículo por donde circula la inquietud moderna con febril precipitud.

Reclus, después del regocijo que debió brindarle el conocimiento de las costas colombianas del norte, seguramente escaso de recursos, fundó un colegio en Riohacha para distraer sus ocios y para dar pábulo a sus deseos; y así, en tan noble actividad, trascurrieron los días—no se sabe cuántos—



ELISEO RECLUS

hasta que logró reanudar sus peregrinaciones científicas. Creyó hallar ciertas afinidades entre la cadencia del griego y la del idioma goajiro; consignó su opinión sobre la estabilidad de los bancos perlíferos y, un día inesperado como el de su llegada, abandonó la histórica ciudad en medio del sentimiento de sus numerosos discípulos. Por desgracia no queda ninguno de ellos para verificar la exactitud de este relato, que he recogido de labios indiferentes.

Pensando en Reclus y en la Goajira, tierra que es toda ella una sola maravilla a pesar de su evidente esterilidad, he ido a parar a los grandes problemas geográficos y, dado con la famosa Atlántida, sueño inconfirmado de los siglos.

Sea que haya existido o no; tenga o no tenga qué ver con la Goajira esa

milenaria hipótesis, al atravesar la península he soñado en una hermosa tarde de julio, que fué ella en remotos tiempos asiento de un mar que pudo circuir las costas del suspirado continente, cuya existencia, de ser probada, pondría término al problema del origen de las razas americanas. Y explicábase así aquella hipótesis: Atravesaba la Goajira una cordillera que va a morir en Castilletes; dijérase la irrupción de una naturaleza diferente, pues, desde su nacimiento, la superficie peninsular hállase vestida de una gruesa capa de arena movediza—tal vez extendida por las olas—sembrada de cactus y arbustos espinosos. No ofrecen sus costas acantilados ni rocas de formación pétreas que puedan animar el paisaje costanero, y casi todas ellas son sitios aplaceados, fuentes saliníferas que se brindan fáciles a la marea germinal y regalan a la producción los más puros y variados cristales.

Caminando aquella tarde por esas playas que dora el sol y sacude el viento nordeste, repetéame la pregunta: ¿fué esta península, en otro tiempo, asiento de un mar desaparecido por el capricho de la naturaleza? Es posible, respondíame. En la terrible catástrofe que vino a mudar la fisonomía continental, las olas barrieron hasta la desnudez el vientre de la península, porque en la aridificada extensión no medra ninguna planta noble y la que crece lleva vida precaria: pero, allí donde el suelo se muestra tan desagradecido a la raigambre vegetal, la vida de los rebaños que apacientan los indígenas está asegurada por un clima saludable, y, muy especialmente, por la calidad salina del terreno.

Cría que nace, cría que crece, se reproduce y regala los beneficios de su muerte. Ganado vacuno y caballar, cabras y ovejas constituyen una valiosísima riqueza en manos de las tribus de indígenas que hacen una vida errabunda en ese territorio. Y si no es la vegetación desmedrada la causa de tan portentoso milagro, si allí no crecen las gramíneas ni otras plantas de tan grande virtud alimenticia, tienen que ser sin duda las condiciones salitrosas del terreno las que obran tan benéficamente en el desarrollo animal. Además, si se perfora la tierra, a muchas leguas de la costa, brota agua salada.

El mar, ese mar goajiro, hubo de extenderse muy próximo a la sierra de los motilones. ¿Cuánto tiempo hace que esto acaeció? Tal vez siglos de siglos; mas este problema, así como el del origen de las castas goajiras, tan distintas de las que moran en la Sierra Ne-

(Pasa a la página 300).

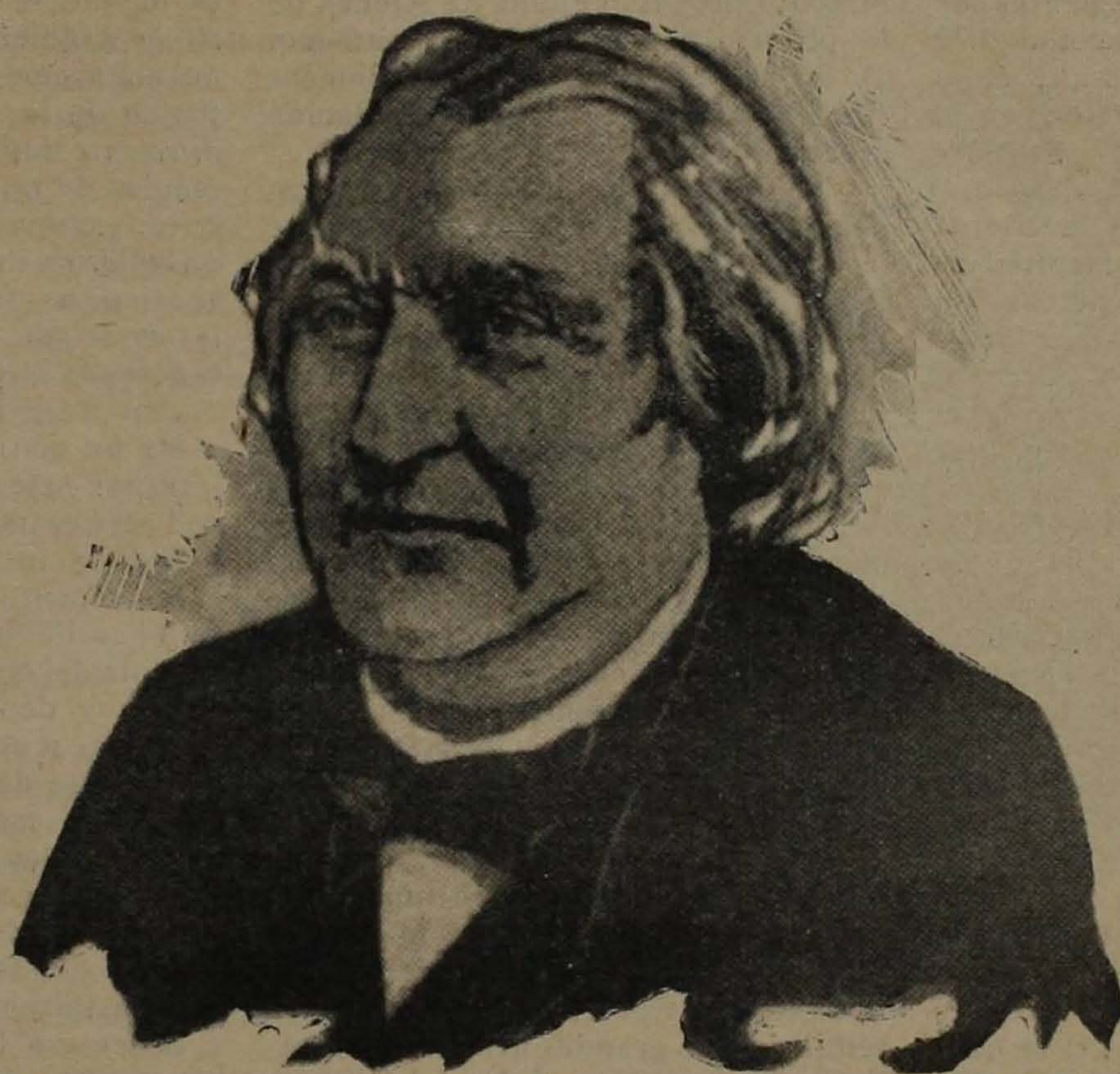
El magisterio de Renán

EN memoria del centenario de Renán he abierto mi ejemplar de los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. Renán es un admirable tema para el examen de conciencia de la generación que le sucedió. ¿Qué debemos a Renán? ¿En qué sentido es nuestro maestro? ¿Qué parte de nosotros mismos ha sido creada por él?

Personalmente, no puedo hablar de Renán sin cierta ternura filial. Toda mi infancia transcurrió bajo la influencia de las lecturas religiosas. Recuerdo aquellas vigili-
as febriles, sobre las cuales la lectura de la Biblia derramaba en mis venas un río de fuego. A un tiempo aprendí en aquellas veladas el sentido poético y el divino, unidos al soplo más intenso de humanidad brutal y desenfrenada. Luego vino la lectura de los apolo-
géticos y de los historiadores eclesiásticos. Las ceremonias más corrientes y vulgares de la liturgia se transfiguraban en mi fantasía como si ocurrieran en tiempos de primitiva pureza, y sus ministros fueran los que habían unido sus nombres inmortales a la fundación de la Iglesia. Pero ese fervor estaba compensado con otro tan intenso: el de la espiritualidad helénica, con toda la fuerza primaria de sus mitos.

Con esta preparación educativa pude recibir el magisterio de Renán. El nombre de Renán estaba sometido al prestigio fascinante del anatema. Ejercía la atracción irresistible de lo prohibido. Tenía su leyenda, absurdamente satánica. Apenas se le citaba sin el acompañamiento del calificativo más ajeno a su naturaleza piadosa y dulce: se le llamaba el «impío».

En estas circunstancias, la primera impresión recibida al conocerle era una sorpresa llena de irritación contra sus calumniadores. Sus páginas emanaban una simpatía profunda. Los textos primitivos, bajo la luz de su comentario, tomaban nuevas apariencias, descubrían insospechadas lejanías. Pero, sobre todo aprendíais dos fuertes nociones por su palabra de



ERNESTO RENÁN,
conforme una litografía de la época

maestro: la una era la crítica de las fuentes históricas, el tacto de la verdad lejana, la intuición de la Historia; la otra era el sentido del estilo, la unión sutil entre ciencia y belleza. La ciencia germánica había dissociado los conceptos de artista y sabio, que tan idealmente unió el clasicismo. Nadie puede negar a la sabiduría francesa la gloria de haber mantenido la ciencia en toda su plenitud literaria; y en ese aspecto, ningún nombre puede ser superior a Renán. Acostumbrado a sentir como un sacerdocio la vida, y educado para un ministerio religioso, la ciencia fué para él, después de su profunda crisis personal, otra forma religiosa. No sólo se mantuvo ajeno a las sequedades de las escuelas alemanas (recordemos su crítica contra la escuela de Tubinga), sino que repudió la desnaturalización del genio francés cuando la observó en alguna pluma inhábil, como la de Augusto Comte.

Ningún sedimento bárbaro, en la formación del espíritu de Renán. Aquí está, para mí, la primera cualidad típica de su temperamento: Renán pertenece a la gran tradición humanista. Imaginémosle viviendo en los días de la escisión cristiana del siglo XVI, con el alma fluctuando entre

el Renacimiento y la Reforma. De hecho, esa fuerte antinomia pesaba sobre él con la intensidad de las luchas que la iniciaron. Ciertamente, no hubiera podido mantener su fidelidad romana, por no saber plegarse al materialismo dogmático de la Iglesia. Pero tampoco hubiera seguido a la Protesta en su desolada apelación mosaica, que rompía la tradición del arte medieval y apartaba de sí como abominaciones las supervivencias de la divinidad clásica. Tenía Renán una incompatibilidad nativa para toda barbarie. Colocado entre esas dos tradiciones adversas, encontró su verdadera estirpe espiritual en la de aquellos hombres que se valieron de la Protesta contra Roma para acu-

dir a las fuentes puras del clasicismo, y fueron más helenos que latinos. He aquí la misión singular del humanismo germánico, desde Erasmo a Goethe; he aquí lo que le comunica, por una singular paradoja, una percepción más íntegra del sentido clásico, en cierto modo opuesto al neoclásico. Otras veces he hecho notar lo que puede llamarse el helenismo de los románticos. Y acaso Ernesto Renán, en su filiación más íntima, sea la encarnación más alta de esa duplicidad fecunda, en el alma francesa.

Lo primero que se nos ocurre, al estudiar a Renán, es su naturaleza bretona. La interesante cuestión del celtismo surge ante nosotros. Hemos atribuido al alma céltica una superioridad para la vida contemplativa, por la vaga acción de herencias prehistóricas. La idea que nos hemos formado de esa naturaleza colectiva se adapta muy bien a las condiciones de Renán. El primer rasgo céltico es el sentido religioso del paisaje. Influencia de brumas que invitan a la fantasmagoría y a la transfiguración; reminiscencia de poemas perdidos; tañido de campanas en ciudades sepultadas por el mar; conciencia de fuertes culturas extinguidas: unión mística del Amor y la muerte en los mitos que hoy son

rapsodias sobrevivientes de viejas epopeyas... Todo ello infunde, como doble destreza, la capacidad sutil de la emoción y la maestría del estilo.

Pero la estirpe celta de Renán estaba compensada por elementos de sangre vasca y bordelesa, como dice él mismo. Un gascón, sin que él lo supiese, se burlaba del bretón, en el fondo de su personalidad. Sentíase dividido entre fuerzas contrarias. Así descendió sobre su frente la divina corona misericordiosa, la facultad de perdonarlo todo, por una percepción total de la flaqueza humana. Jamás perdió ese rasgo cristiano. Pero el secreto de su profunda crisis personal fué el triunfo del gascón sobre el bretón, en su doble naturaleza.

De la fe sencilla y humilde pasó al espíritu crítico. Pero, imaginando la vida «como un grande y continuo deber», nunca dejó de sentirse sacerdote. Recordemos sus palabras: «No fuí presbítero de profesión, pero lo fuí de espíritu. Todos mis defectos radican ahí: son defectos de sacerdote... Nací presbítero *a priori*, como otros nacen militares o magistrados... Soy un presbítero fracasado». Su amigo el poeta bretón Quélien pretendía que su alma tomaría, después de su muerte, la forma de una gaviota, y volaría todas las noches lanzando gritos quejumbrosos en torno a la iglesia de San Miguel, destruída por el rayo, como si quisiera penetrar en el santuario obstruído, cuya puerta secreta ignoraría. «Es el alma de un presbítero que quiere decir su misa,—diría el campesino que la viera».

Pero el mismo Renán nos da un argumento contra su propia naturaleza sacerdotal; porque él ha dicho que hay dos formas capitales y opuestas de considerar la religión: la forma profética y la sacerdotal. Pertenecen a aquélla los fundadores, los reformadores, los heresiarcas, los místicos, los que restablecen el sentido puro y espiritual de los textos. En cambio los sacerdotes petrifican o materializan la imagen simbólica, hacen degenerar la fe en creencia, el símbolo en liturgia o rito, la idealidad en dogma. Son actores que plasman el misterio incomprendido, rebajándolo al nivel de la multitud, devolviendo al templo su naturaleza de teatro, o «casa de Dios». En este sentido ¿cómo dudar que la crisis de Renán fué precisamente una victoria de su naturaleza profética sobre su naturaleza sacerdotal?

Dos de sus libros envuelven una significación inversa, como reflejos de su personalidad: el uno es el consagrado a San Pablo; el otro es *Averroes y el averroísmo*. La vida de San Pablo, errante y apasionada, tuvo en la existencia de Renán un paralelismo inverso. Ved a Pablo de Tarso

importando en la tierra clásica el germen semítico. La visión que le sobrecoge es la epilepsia fantasmagórica camino de Damasco; no la victoria simbólica del camino de Tebas, como otro Edipo. El efluvio de Atenas no le penetra como un nuevo bautismo. De su estirpe nacerán las fidelidades rígidas, reacias a toda asimilación ajena.

Ved en cambio a Renán al emprender su misión de Oriente. Atenas fué la impresión más fuerte de su vida. Ante la Acrópolis tuvo la revelación de lo divino; el mundo entero, fuera de allí, le pareció bárbaro, y sus labios modularon aquella *Plegaria sobre la Acrópolis*, que quedará como la más significativa de las efusiones del espíritu ario, al encontrar la fórmula de su percepción suprema, desvirtuada por el parasitismo de una fe exótica. Atenea, la Virgen divina, se transfigura en toda la clara integridad de su mito, como revistiendo otra armadura de luz; y las invocaciones metafóricas de la Letanía acuden al pensamiento, fundiendo en una sola advocación la divina virginidad simbólica...

Pero Renán, como continuador de la herencia griega, es un platónico. Si San Pablo es el origen lejano de la Protesta, el Cuarto Evangelio es la semilla de los grandes heresiarcas idealistas, ramas desprendidas del árbol de Platón. En cambio toda la ortodoxia, es, a su modo, aristotélica, porque así la instituyó la teología escolástica. Precisamente la tradición sacerdotal de la edad Media estuvo sometida a esa curiosa desvirtuación helénica, mezcla híbrida parecida al aristotelismo que asumieron los árabes en Alejandría, y que tuvo en Averroes su principal expositor. Podría afirmarse que la tradición dominica fué aristotélica, como fué platónica la tradición franciscana. Y Renán, por muchas razones, fué también un franciscano; singularmente por lo que llamaríamos su *panfilismo*, su visión idealmente panteísta de la naturaleza, su generosa magnanimidad, desbordante de amor y comprensión. «Mi filosofía, escribe, según la cual el mundo en su conjunto está lleno de un soplo divino, no admite las voluntades particulares en el gobierno del Universo».

Desde esa idealidad pudo estudiar con serenidad desinteresada la corriente opuesta; y pocos libros nos sugie-

ren la visión sintética de la Edad Media como el dedicado al averroísmo.

* * *

Una de las notas capitales de Renán es lo que se ha llamado su *dilectantismo*. Alguien ha definido ese estado de alma como un «apartamiento artístico de la realidad». El verdadero *dilectante* unge las cosas con el óleo mágico de una visión que las transfigura, extrayendo lo que hay en ellas de belleza y divinidad y eclipsando sus apariencias feas o miserables. Todas las cosas son a manera de Dulcineas, esperando el Quijote que sepa verlas.

Con frase insustituible, Renán expresa un matiz revelador de su crisis interna: «He salido de la espiritualidad para entrar en la idealidad». «Comprendí la insuficiencia de lo que se llama espiritualismo; las pruebas cartesianas de la existencia de un alma distinta del cuerpo me parecieron siempre muy débiles; desde entonces fuí idealista, y no espiritualista, en el sentido que se da a esa palabra. Un eterno *fieri*, una metamorfosis sin fin, me pareció la ley del mundo. Imaginé la naturaleza como un conjunto en el cual la creación particular no tiene cabida, y donde por consiguiente, todo se transforma».

Sobre esa base idealista edificó su concepción de vida social. ¿Fué un pesimista? He aquí un pensamiento que podría hacérselo creer: «Para ser fuerte hay que contrariar la naturaleza. El árbol natural no da bellos frutos. El árbol produce bellos frutos en cuanto está en espaldera, o sea en cuanto no es un árbol». Pero léase la bella página final de sus *Recuerdos*, que es una verdadera acción de gracias por la vida que le tocó en suerte: «La existencia que me fué dada sin que yo la hubiese pedido ha sido para mí un bien. Si me la ofrecieran de nuevo, la aceptaría con reconocimiento».—¿Por qué singular aproximación de almas diversas esta conformidad sonriente con la vida nos recuerda el *Cant Espiritual* de Juan Maragall, tan franciscano también?—Hasta en los días trágicos de su crisis, Renán escribe al abate Cognat: «Sufrir por el cumplimiento del deber es un gozo muy superior a todos aquellos cuyo sacrificio hemos hecho». ¿Es esta una posición estoica? No lo creo. El dolor, para él, rebaja y humilla. No temo decir que Renán pertenece a la tradición epicúrea, devolviendo esta palabra a su noble sentido original. Muy lejos de su alma la victoria sobre el dolor mediante una doma de la sensibilidad por la voluntad, que nos conduzca a la paradoja del deleite en el sufrimiento. Su sistema tiende a una conformidad por la comprensión indulgente de

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p.m.

(Pasa a la página 300.)

El cincuentenario de la muerte de Manuel Acuña

El conocido y celebrado semanario mexicano, *Revista de Revistas*, dedica su Num. 709 al cincuentenario de la muerte del poeta Manuel Acuña.

Un espléndido retrato del poeta (el mismo que exorna esta página), por García Cabral, aparece en la portada. En el texto, láminas alusivas, autógrafos, recuerdos numerosos y sentidos. Reproducimos el párrafo de Jaime Torres Bodet y la apreciación de José de J. Núñez y Domínguez.

Ya en alguna otra ocasión he expresado mi sentir acerca de Acuña. Creo que la muerte nos arrebató en él a uno de los más vibrantes espíritus de poeta de nuestro México. Su *Nocturno a Rosario*, que ha recibido ya la consagración del pueblo—que es, a despecho de los pedantes, la única que importa—es una ardiente voz de poesía.

Un homenaje a Acuña es siempre motivo de honra y de amor, porque encierra una reintegración dentro de la poesía pura de los románticos de la que por desgracia nos hemos separado demasiado.

JAIME TORRES BODET.

Por la gloria de Acuña

«Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora de un porvenir feliz, todo en una hora, de soledad y hastío cambiaste por el triste derecho de morir, hermano mío!»

Así clamaba don Justo Sierra, la mañana del diez de diciembre de 1873, ante el féretro que guardaba los despojos de Manuel Acuña y que habían conducido sus camaradas, hasta el hoy extinto cementerio del Campo Florido.

En el frío ambiente matinal, aun más melancólico por la tristeza que se elevaba de los corazones, la inspirada voz del autor de *Playeras*, debe de haber tenido resonancias únicas.

Eran los bellos tiempos románticos en que aún por nuestra literatura, paseaba, arrastrando su capa de trovero medioeval el juglaresco Zorrilla de las leyendas y los romances; era la época en que hacía sonar el cascabel de sus *Humoradas*, el ático Campoamor y en que Núñez de Arce soplabla en la trompa bélica que arrebató la muerte de las manos de Quintana. Y don Justo, como se le llamó después, recogió en sus versos elegiacos esas voces múltiples, las mismas que habían dejado sus sonoridades en la lira del suicida bardo-estudiante.

Desarrollábase la fúnebre escena cuatro días después de que Acuña había apurado el tósigo fatal que le llevó a la tumba. Y todo el México intelectual de aquel entonces ceñíase crespones luctuosos ante la desaparición del irónico y mordaz autor de *Nada sobre Nada* y *La Vida del Campo*.

Hoy, a través de cincuenta años, la gloria de Acuña perdura intacta como radió a raíz de su inesperado fin. Su poesía ha tenido la suprema virtud de triunfar sobre la muerte y el olvido, y eso sólo revelaría a los ojos del espíritu crítico más escéptico, la pureza de su consistencia y la eternidad de su emoción.

Acuña, pues, es un poeta de todas las edades, y el



MANUEL ACUÑA

Retrato de GARCÍA CABRAL

rememorar los timbres que lo enaltecieron es una obra más que de reparación, que no ha necesitado, de justicia rotunda.

¡Acuña!... Ha pasado por fortuna el simún de tonterías que se abatió sobre el cadáver del liróforo. Como las del Desierto después de la tempestad de arena, esta pirámide de nuestra lírica, permanece ya, incólume, solitaria, serena.

Ya Kronos, padre de prodigios que le llamó Eskilo, ha desprendido de los hombros del poeta el manto de vulgaridades que le ciñeran los aristarcos hueros y los admiradores *enragés*. Y disipada esa nube, ha surgido la figura tal cual es: humana, riente, simpática; la figura del estudiante «que hace versos», la del muchacho que, tras de investigar los misterios de la carne atormentada por el dolor, escribe a la novia lindos poemas, se burla de los problemas trascendentales y sueña con la gloria entrevista en los ojazos azorados de una «chica de la esquina».

• •

Acuña simboliza al poeta estudiantil, tipo que va perdiéndose en nuestras aulas. El mismo estereotipó con su altivo gesto de renunciación, el modelo que otros más tarde han imitado.

En provincia, en plena adolescencia, apenas abandonados los bancos de la Primaria, el candidato a escolar metropolitano ya lleva en sus labios el amargo brevaje de los versos desencantados de Acuña. En la ventana idealizada por la luna, vibra la queja de paloma del *Nocturno* y en las horas de desesperanza, se acompasa la pena interior a la música desgarradora de *Hojas Secas*.

Luego, en los corredores de la Preparatoria, se vive la vida del trovador infortunado, y no es raro contemplar a un mozalbete, el rostro apoyado en la mano, que tal vez ve cruzar por el «Colegio Grande», la enteca silueta del

(Pasa a la página 302).

El magisterio de Renán...

(Viene de la página 298).

todas las cosas; es la inteligencia, la divina curiosidad, la *filosofía*, lo que consigue extraer la miel invisible de la vida.

Se ha hablado mucho del sentido aristocrático de Renán. Para él, como para tantos otros, la biología humana tiene un fin de selección y jerarquía. Tiende a la formación del genio. Pero como cifraba esta depuración en la superioridad natural del espíritu, quería extraerla, como quinta esencia, de toda la masa y necesitaba el pueblo como término de compensación y punto de partida. Era demócrata para poder ser aristarca. Así en su invocación a Atenea no olvidaba implorarla con el nombre de «Democracia», como se lee en antiguas inscripciones. «Tú, cuyo dogma fundamental es que todo bien viene del pueblo, y que donde no hay pueblo para nutrir e inspirar al genio no hay nada, enséñanos a extraer el diamante de las muchedumbres impuras». Así como tuvo por la burguesía el desdén propio de todos los artistas, tuvo siempre una viva inclinación al pueblo. Pero su espíritu crítico, su incapacidad para todo entusiasmo práctico, le apartaron del proselitismo democrático de un Lamennais, porque no supo «cambiar una fe por otra». Opuestamente a la posición social de Lamennais, más aversión le producen todavía las falsas aristocracias de prelado suntuoso y elegante, a lo Dupanloup. Su apostasía se fundaba en la conciencia exquisita de la fidelidad.

Y nada más lejos de él que el miedo a las resonancias plebeyas de su actitud. «Me reprocho, a veces, haber contribuido al triunfo de M. Homais sobre su capellán. Pero ¿qué queréis? M. Homais tiene razón. Sin él todos seríamos quemados vivos».

La utopía de sociedad aristocrática, para Renán, se funda sobre una sed insaciable de libertad. No resisto a la tentación de copiar un pasaje significativo, que la reacción española de 1909 hizo servir como arma de combate desleal contra la escuela libre. «Una orden es una humillación; quien ha obedecido es un *capitis minor*, manchado en el germen mismo de la vida noble. La obediencia eclesiástica no rebaja; porque es voluntaria y puede uno separarse de ella... Yo no hubiera podido ser soldado; habría desertado o me hubiese suicidado. Temo que las nuevas instituciones militares, no admitiendo excepción ni equivalencia, nos conduzcan a un espantoso rebajamiento. Forzar a todos a la obediencia es matar el genio y el talento. Quien haya pasado años bajo las armas al estilo alemán ha muerto para las obras finas; por eso Alemania, desde que se ha entregado por entero a la vida militar, carecería de talento si no tuviese a los judíos, para los cuales es tan ingrata».

* *

Podemos imaginar toda la obra de Renán como un diálogo de Platón sobre el cristianismo. Alguien le ha llamado «último Padre de la Iglesia». Lo que no tiene duda es la visión personal de cristianismo que aportó al mundo. ¿Dónde encontrarle un precedente? Tan lejos estuvo de la sequedad ascética, o puritana, como del delirio místico. Ni Arnould o Nicole ni Pascal influyeron en su formación. Una altísima percepción poética le apartó del criticismo de los enciclopedistas, al propio tiempo que una profunda penetración teológica le mantenía libre de la sospechosa apología romántica a

la Chateaubriand, a pesar de la comunidad del origen bretón. Repitémoslo: Renán es la cúspide del clasicismo francés. Es un apolíneo, que incorpora la leyenda cristiana entre los mitos risueños de la Hélade, porque la emanación evangélica participa de la serenidad griega, y el mar de Tiberfades es una bahía de las Espóradas... «Según las reglas del Thenoé Atenea», quiso escribir «la vida del joven dios a quien sirvió en su infancia, y que cumplió un viaje sobre la tierra por orden de su padre Cronos, creador del mundo». La expresión evangélica «el reino de Dios» recobró en los labios de Renán su significado terrenal y directo: «Es preciso crear el reino de Dios, esto es, el ideal, dentro de nosotros».

Comparemos esa aclimatación helénica del cristianismo con la reacción inversa que otro espíritu produjo: me refiero a Nietzsche, el fuerte enemigo de Renán. Pero Nietzsche era un temperamento bárbaro, o mejor, tártaro, un neófito del paganismo, poseído del frenesí de su conversión. Renán era un apolíneo; Nietzsche un dionisiaco, ebrio de vino ritual. Renán era un optimista, lleno de serenidad. Nietzsche un pesimista, tumultuoso y vesánico. Pero ahondando un poco, quizá encontraríamos en la progenie bretona del uno y en la germano-eslava del otro interesantes revelaciones sobre el determinismo espiritual de las razas.

GABRIEL ALOMAR.

Madrid, 1923.

(La Nación, Buenos Aires).

Un recuerdo y una hipótesis...

(Viene de la página 296).

vada, queda al estudio de los eruditos.

Simplemente he querido atraer la atención histórica sobre la obra docente del que fué nuestro ilustre huésped, y tender una hojeada hacia las costas del Caribe, pródigas en riquezas naturales y con indios que después de cuatro siglos de misiones capuchinas, pasean aún su desnudez por el lecho de un antiguo y maravilloso mar, con la absorta mirada de los idólatras.

LUIS BUENAHORA.

Barranquilla, 1923.

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

VIAJE DE ELISEO RECLUS A COLOMBIA.—OBJETO DE LA VISITA DEL SABIO.

L. C., noviembre 26: 1923.

Señor doctor Eduardo Santos

Estimado señor y amigo:

Quiero hacerle una glosa a un escrito publicado en la última entrega

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PÍDALO

en todas las BOTICAS



de las selectas *Lecturas Dominicales*, siempre leídas con placer y provecho.

Es aquél *Un recuerdo y una hipótesis*, cuyo autor, don Luis Buenahora, no ha hallado cual fué el móvil que indujo al notable geógrafo Eliseo Reclus a venir a nuestras costas atlánticas, no precisamente en el último tercio del siglo pasado, sino a mediados de él; y encuentra que no es fácil averiguar qué viento impropicio impelió su nave hasta Goajira, porque ni los libros de aquél, ni sus actividades en tierras de Colombia dejan adivinar el propósito deliberado de hacer obra especial.

Sin embargo, no es éste un punto completamente oscuro, según sus propias palabras. Eliseo Reclus vino a nuestra patria, entonces Nueva Granada, en el año 1855, traído por su amor a los viajes y por un proyecto de explotación agrícola de la Sierra Nevada. Visitó a Colón, Cartagena, Barranquilla y otras poblaciones, y se detuvo algún tiempo en Santa Marta, donde amplió sus conocimientos sobre los cultivos tropicales. No pudiendo adquirir allí en los valles los terrenos necesarios para sus planes, porque aquéllos en su mayor parte habían sido cedidos a algunos capitalistas que ni los cultivaban, a pesar de su asombrosa fertilidad, ni querían venderlos; que ignoraban su extensión y no se preocupaban por saberla, y a quienes bastaba el placer de contemplar desde la playa, en sus paseos vespertinos, los montes azules y los valles llenos de sombra, y exclamar con satisfacción: "todo eso es mío", se dirigió a Ríohacha, para penetrar en el centro mismo de la Sierra.

En esta ciudad se hospedó en casa del ingeniero Rameau, curioso aventurero, hijo de un ujier ministerial, quien a todas luces parece que tuviera íntimos conexiones con el famoso sobrino que sirvió de héroe a Diderot, y sobre el cual conviene insistir, para que se vea qué clase de técnicos nos envían algunas veces del Exterior. Este singular tipo, de ademanes y hablar netamente parisienses, vestía simplemente una camisa y unos calzoncillos, y así recibía a la puerta de su casa, donde con frecuencia se reunía la colonia francesa. Había venido enviado por un comerciante del Havre, a quien se pidió un ingeniero para que dirigiera la perforación de un pozo artesiano, misión que aceptó Rameau, pues si bien sólo había hecho estudios en una escuela de artes y oficios con el peor resultado que le fué posible, consagrándose luego al matrimonio, su osadía e ingenio podían suplir la falta de conocimientos; además lo animaba a hacerlo el deseo de visitar a América y obtener grandes ganancias y el título de ingeniero. Provisto de

un volumen de una enciclopedia popular, para adquirir la ciencia de que carecía, y dejando a su padre y a su esposa, emprendió el viaje y a su llegada y sin más preámbulos, los trabajos, que naturalmente fueron un completo fracaso. "A pesar de que sus sueños de gloria y de fortuna se habían evaporado, dice Reclus, Rameau no desmayó: se hizo arquitecto de la catedral de Ríohacha, herrero, forjador, armero, cambalachero y hostelero; fabricaba estribos y espuelas para los indios y, gracias a sus numerosas aptitudes, la fortuna le sonrió y podía dormir siestas tan largas como lo exigiera su pereza. Había contratado una mujer para el arreglo de la casa y tenía la satisfacción de ver crecer a su alrededor media docena de niños de todos los colores y completamente desnudos".

Habitó luego Reclus una casa de un señor Morales y emprendió en seguida varias y arriesgadas exploraciones, y tras no pocos azares logró comenzar a desarrollar sus planes agrícolas, asociado al carpintero francés Jaques Chastaing, cuyo hijo los acompañó también y a los mulatos Mejía y Bornier, bajo la protección de Pan de Leche, cacique de los aruaques, en el valle de San Antonio, a orillas del arroyo Chirú. Allí llegó enfermo y débil; raras veces podía salir de su cabaña, y en consecuencia los trabajos comenzaron bajo la dirección de Chastaing, quien emprendió a la vez las más diversas obras con

una impetuosa actividad que no alcanzó a durar un mes... Disgustado de todo, riñó con Mejía, se enemistó con los aruaques y maldiciendo su suerte, abandonó a Reclus. Este, víctima de las fiebres, desvalido y solo, dejó aquellas tierras que amaba como la propia, y pocos meses después partió para Europa.

Allí escribió un bello libro, *Mis exploraciones en América*, del que he tomado a la ligera algunos datos, y que por desgracia casi sólo es conocido entre nosotros por una traducción tan defectuosa como la mayoría de las que nos vienen de la vieja España.

Sólo he querido, con estas líneas, contribuir a que sea mejor conocida la permanencia en nuestra Costa, como lo desea el señor Buenahora, de un ilustre geógrafo enamorado de sus bellezas, que supo pintarnos sin denigrarnos, que al salir de nuestra patria para entrar en la propia se sintió camino del destierro y que cerró el prólogo de una de sus numerosas obras con estas palabras, que merecen todo nuestro reconocimiento:

«No puedo ocultarlo: amo tanto a la Nueva Granada como a mi país natal, y hacer conocer a mis lectores esta tierra admirable y llena de porvenir es para mí motivo de infinita alegría, y mi satisfacción sería inmensa si consiguiera desviar hacia ese hermoso país una pequeña parte de la emigración europea. Ya es tiempo de que se establezca el equilibrio entre las poblaciones del globo y de que el Dorado cese de ser una olvidada soledad».

Lo saluda cordialmente su servidor y amigo,

C. J. LASCANO BERTI.

(E. Tinto. Escrito).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MÉDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

POETAS PORTUGUESES

Encanto

No brilla el sol
ni luz ninguna
tiene la luna
donde está ella!
No hay una estrella
que brille, ante
la que es mi amante,
la que es mi amada!

La madrugada
¡cuánto no pierde!
Y el campo verde
qué mortecino!
Su voz al trino
vence del ave
que por suave
jamás la iguala!

La flor exhala
de su redoma
menos aroma
que sus cabellos.
Prendida en ellos
queda la gente;
prendida, y riente
gusta inefable!

Qué risa afable
darle Dios quiso!
Qué paraíso,
Señor, su boca!
Penetra, toca,
celos da al aire,
con su donaire
todo lo abrasa!

Por donde pasa
y a donde llega
¿quién no le ruega,
ojos avaros?
Dones muy raros,
rara dulzura
tiene su pura,
casta existencia!

Oh, qué inocencia
la que respira!...
y el alma aspira
no sé qué aroma
en cuanto asoma,
lejos, aquella
pálida estrella
que rige el mundo!

Nunca el profundo
del océano
al brazo humano
perla le brinda
tan clara y linda
como la hermosa
cándida rosa
que quiero tanto!

No sé de santo
qué hay en su gesto...
qué aire modesto

tiene, qué todo!...
Qué hay en su modo...
Lo desvanece
todo... parece
que se abre el cielo!

JOAO DE DEUS.

(Alfar, La Coruña, Trad. de
ENRIQUE DIEZ CANEDO).

El cincuentenario...

(Viene de la página 299).

que inmortalizó a Rosario. ¿Va con su
recia y negra melena al aire, los ojos
extáticos, cogido al brazo pálido de la
Muerte, regando en versos sus postrimeras
rosas de ilusión, como perlas el
munífico Jorge Villiers?

Y así en las otras facultades. Por
todas ellas vaga la sombra de Acuña.
Es la que en las noches de fiebre se
desliza en los cuartos de las «Casas de
Huéspedes» y como el hermano del
gran Alfredo, siéntase a la vera de los
jóvenes, que, el libro sobre la mesa,
ambulan por la Thulé de la quimera
y persiguen en la Selva Oscura a la
creatura bella bianco vestita del genial
gibelino. Es ella también la que en
los ágapes ruidosos de fin de curso,
llega a deshojar en las copas los mir-
tos de la alegría y a preguntar festi-
vamente:

«Y qué ¿será posible que nosotros
tanto amemos la gloria y sus honores,
el arte y sus placeres, que olvidemos
por eso los amores y más que los amo-
res, las mujeres?...»

Es el poeta de los veinte años, el
que posee todavía, a través de las
tinieblas, el sortilegio de inclinar las
cabecitas de las novias de provincia,
de las niñas ingenuas y que sucumben
a la consunción, de las que están «tris-
tes de esperar». Y es el que ayer mismo,
hizo «ennegrecer las canas» de más de
una mujer que oyó ha medio siglo su
querrela de enamorado y quizá, quizá,
el desolador «¡Adiós por la vez última,
amor de mis amores!»

* *

Estudiante soñador: hoy que abras
el volumen del que se desprende la
inspiración del vate como el acre per-
fume de una flor letal de Oriente, dí
tu más cordial oración al espíritu
luminoso de quien todo lo trocó por
el «triste derecho de morir».

Doncellas lugareñas y vosotras, au-
cianas de hoy y púberes de ayer:
acompañad con el alma, la remem-
branza del que os encendió un lumi-
nar en la prosa de la vida.

Ningún coro será más grato al
poeta, porque lo formarán con sus
acentos lo que él simboliza: la juven-
tud y el amor!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

(Revista de Revistas, México, D. F.)

PEQUEÑOS MOTIVOS

Amor...

ESTA mañana he sentido más honda
la nostalgia de tu ausencia, el
vacío que en mi corazón ha puesto tu
olvido...

Los pájaros, los árboles, el sol, todo
tiene un encanto triste que me hace
verme más solitario todavía...

Y he llegado hasta tu calle para verte
pasar. Sin embargo, yo sé que estás
muy lejos, lejos por la distancia, lejos
porque nos separan nuestros caracte-
res...

Sé que no estás en tu casa, poblada
de recuerdos como el follaje de ni-
dos... Y estoy en silencio, esperán-
dote, con un vago presentimiento de
tu llegada, que es sólo una ilusión de
mi mente llena de tu imagen...

Orgullo

HAS dicho que me conoces bien, que
mi carácter no tiene secretos para
ti... Pero cómo te engañas!

Si me dijeras: «perdóname, no te
comprendía, ahora conozco tu cari-
ño...» Y me mirases luego con tus
dulces ojos que siempre parecen abs-
traídos con no sé qué visión de leja-
nías, y sonriera luego tu pequeña boca,
nido de besos...

Si me llamaras otra vez con mi nom-
bre, que talvez has querido olvidar...
Si me tendieras tu mano suave, y con
ella calmaras la fiebre de las mías...

Entonces, yo, que te amo loca-
mente, con un amor hondo y sombrío,
más intenso cuanto más callado, es-
condería mi mano, desviaría mis ojos,
fingiría indiferencia, para castigar tus
desdenes pasados...

Y después, ¿lo adivinarías?—cuando
te fueras ofendida y arrogante, ya
para siempre, me sentaría en silencio
y me pondría a llorar...

Lejana

YO no sé donde estás... Como nunca
hablo de ti, no me dicen ya qué
haces ni a quién amas... Creen que te
olvidé, y jamás te nombran frente a
mí...

¿Dónde estás? ¿Para qué preguntarlo?
Estás en mi corazón y en mis recuer-
dos; estás en mi pasado, que nos une
constante, y en cada uno de mis pen-
samientos, y en cada una de mis pa-
labras...

Estás junto a mí, tal como soñé que
eras, dulce y gentil, como te conocí
una tarde lejana...

Así te amaba, así te amo siempre...
pero como nunca hablo de ti, no saben
que no pregunto dónde estás porque
siempre te tengo a mi lado...

RUBÉN YGLESIAS

Un invento feminista

ACABA de celebrarse en Ilión (Estados Unidos) el cincuentenario de un invento mecánico muy modesto en apariencia, aunque luego haya sido causa de una gran transformación en las costumbres contemporáneas, sobre todo en las costumbres femeninas. El día señalado para la conmemoración, un tren especial transportó desde Nueva York a Ilión una gran asamblea de hombres de negocios: grandes banqueros, magnates de la industria, astros del periodismo. Faltaba, sin embargo, la representación más justificada: la representación de las mujeres de todo el mundo. Sin duda, las mujeres han dejado pasar la fecha porque ignoran cuándo y dónde surgió el invento y hasta el nombre del inventor del aparato al que deben muchas de ellas su independencia económica. De haberse conocido, es seguro que la mayor parte de las jóvenes apresuradas que cruzamos a las horas de entrada y salida de las oficinas hubiesen dedicado, antes de comenzar la cotidiana tarea, unos minutos de silencio, como ahora se estila, en recuerdo del olvidado inventor.

El libro *The Story of the Typewriter*, publicado recientemente en Nueva

York con ocasión de este cincuentenario, relata con todo detalle la historia y los rápidos progresos del invento, que no es otro que la máquina de escribir. Mucho antes de 1873, Henry Mills, Pellegrino, Turri, Bart, Proguin, Thurber y otros habían imaginado diferentes aparatos de escritura mecánica. Pero la máquina moderna se debe al olvidado Christophe Latham Shoks. El primitivo aparato no ha sufrido posteriormente más que modificaciones de detalle y perfeccionamientos de comodidad; las partes esenciales siguen siendo las mismas. Las marcas más famosas de máquinas dactilográficas se deben a los cinco socios que formaban la Compañía a la cual Latham Shoks vendió en 1873 su patente de invención, y que luego se separaron para explotar cada cual por su lado las variantes del aparato originario: escritura visible, escritura invisible, doble teclado, teclado único, etcétera. Parece que la discusión técnica de estos variantes fué el origen de la disensión industrial, porque cada uno de los cinco consideraba más ventajoso para la escritura su sistema preferido. Tal vez existían entre ellos esas diferencias de tipo psicológico—, tipo visual, tipo dinámico—, que, según aconseja Münsterberg en su *Psicología de la actividad industrial*, deben tenerse en cuenta para escoger un sistema u otro de máquina de escribir.

Christophe Latham Shoks cobró por su patente unos doce mil dólares. En 1890 moría en la mayor miseria. Pocos años después, en 1903, se contaban sólo en el Estado de Nueva York más de 113,000 máquinas, manejadas por empleados de oficinas públicas y casas de negocios, sin incluir las de los particulares. Una estadística hecha ahora arrojaría una cifra fantástica.

Por muchas que hayan sido las influencias de la máquina de escribir en el mundo de los negocios y en otras esferas muy distintas, como el estilo epistolar—, «el signo de los tiempos», según Nietzsche—, y la literatura contemporánea, ninguna mayor que la ejercida en la evolución de las costumbres femeninas. Ya su inventor presintió el servicio que prestaba al sexo débil cuando decía, poco antes de morir, para consolarse de su triste destino y de su mal negocio: «Acaso mi invención preste algún servicio a las mujeres; tal vez ayude a muchas de ellas a ganarse la vida con su propio trabajo». No es sólo que la máquina de escribir haya empleado en el trabajo a mujeres condenadas antes a la ociosidad o a cualquier disimulada

servidumbre; no es sólo que haya creado un tipo especial de mujer—, la «mecano», la «dactilo»—, cuyo piano de ensueños es el teclado de la máquina, y con ello, contribuido a una más seria convivencia de los dos sexos en los afanes de la vida. La máquina de escribir ha sido el paso inicial de la emancipación femenina en todos los órdenes. Probablemente, sin máquina de escribir y sin mecanógrafas en las oficinas de los hombres, no hubiera tenido la mujer tan fácil acceso al ejercicio de todas las profesiones ni hubiera logrado el voto electoral en algunos países. Christophe Latham Shoks ha hecho por la mujer más que todas las sufragistas reunidas. En realidad, ha sido el primer sufragista del mundo, el primero en orden y en méritos. Las mujeres no deben olvidar que si han salido de la costilla de un hombre, un hombre ha sido quien les ha dado la máquina de escribir, el instrumento de su liberación.

(El Sol, Madrid).

Ojos

Nunca he visto tan bellos manojos de violetas azules como esos...

¡Si parecen manojos de ojos que dormían, abiertos a besos!

Cuando os miran tan dulces, tan quietas, e iris finge el rocío, y vacilas, ¿nunca viste al cortar las violetas que hiciste antes rodar sus pupilas?

Oh los ojos, los ojos... No hay nada que en nosotros más huya del suelo. Es nuestra única parte intocada que podemos volver hacia el cielo.

Poeta maldito

Vedlo: va cumpliendo su ciclo tremendo.

Traza la indefinida espiral de su vida.

¡Soledad angustiosa, sin hijos ni esposa!

Va herido de infinito. Es un poeta maldito.

Como en una lámpara portátil se quema en él alcohol y es en su vida errátil remedo del Sol.

Con pasos impares va cumpliendo su terrible destino enloquecido de demonios familiares, de dolor y de vino.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

Guatemala, 1923.

(El Imparcial, Guatemala)

Perdón

Oyeme: vengo, hermano, los párpados [mojados

y los labios en gesto de profundo dolor, a pedirte que mojes mis ojos marchitados, a pedirte que viertas sobre ellos el perdón.

¿Que fuí cruel? ¿Que mi llanto no bastará [a limpiar

todas las amarguras que dí a tu corazón? Ignoras que fué tuyo todo mi palpar iy que, si no mi risa, tuyo fué mi dolor!

Sí, perdóname amigo, haya hecho tan [amarga

la copa en que bebiste con febril ansiedad; bendice este amor mío que tanto te acibara que es la ley de los justos sufrir y perdonar.

Y... si el perdón derraman tus ojos y tu [mano,

he de decirte llena de ternuras:— ¡Her- mano!...

Y serán mis caricias y mis besos benditos; mas, si sigues llorando y perdonar no [puedes,

ha de alejarse, huraño, de mis labios el canto, y seguirán goteando de mis ojos marchitos

todas mis esperanzas transformadas en [llanto!...

JULIA VAN SEVEREN

(El Imparcial, Guatemala)

Noticia:

Las nuevas publicaciones que nos llegan:

Informaciones Sociales, mensual. Vol. I. N° 1. Madrid. Director: A. Fabra Ribas.

Revista de Indias, mensual. Año I. N° 1. La publica el Ateneo Universitario de Buenos Aires.

La Revue Contemporaine. París. N° del 15 de noviembre de 1923. Año 71. N° 12. Quincenario de Estudios Internacionales: políticos, económicos, literarios y artísticos.

La Sección de Librería y Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba (Rep. Argentina) nos remite su BOLETÍN. Serie I. 2ª Epoca.

Entrega N° 1. Sumario de la entrega:

Arturo Orgaz. R. Stammler. La doctrina jurídica del Neo-Kantismo.

Gregorio Bermann. El problema del conocimiento ante el relativismo contemporáneo.

Ruggero Mazzi. Una glosa de Croce.

Horacio Valdés. Legislación de Aguas.

Notas y comentarios.

Américo Aguilera. Notas Bibliográficas.

De los autores:

Luisa Luisi. *La poesía de Enrique González Martínez*, Montevideo, 1923. Conferencia.

Manuel J. de Visconte: *El carácter nacional*, la verdadera manera de formarlo y de robustecerlo. La Plata, 1923.

Gaston Figueira: *La Sombra de la Estatua*. (Impresiones estéticas). Serie primera. Buenos Aires, 1923. Estudios de Samain. J. A. Silva, Julio Herrera y Reissig, Alfonsina Storni, Luisa Luisi, Juana de Ibarbouro y otros.

De Don Arrosto D. González, Montevideo:

El Centenario. (Refutación del libro del Dr. Pablo Blanco Acevedo). Montevideo, 1923.

El Centenario de la Independencia Nacional. Biblioteca "La Nueva Era". Montevideo, 1921.

La paternidad rioplateña y la fecha de la Independencia Uruguaya. por Ernesto Quesada. Montevideo, 1923.

Del Dr. Ernesto Quesada, Buenos Aires, los siguientes folletos:

Alocución patriótica. Buenos Aires, 1895. *El Sociólogo Enrico*

Ferri y sus conferencias argentinas, Buenos Aires, 1908. *La cuestión femenina*. Buenos Aires, 1899. *La Iglesia Católica y la cuestión social*. Buenos Aires, 1895. *El escritor guatemalteco Antonio Batres Jáuregui*. Buenos Aires, 1904. *Tristezas y Esperanzas*. (La lucha por la vida y el descanso). Buenos Aires, 1903. *El ideal universitario*. Buenos Aires, 1915. *La psicología de Carlos Octavio Bunge*. Buenos Aires, 1918. *El día de la raza y su significado en Hispano América*, B. A. 1918. *Pujol y la época de la Confederación*. B. A. 1917. *El Significado Histórico de Moreno*, B. A. 1916. *Una vuelta al mundo*, B. A., 1914. *La personalidad de Carlos Guido y Spano*, B. A. 1918. Un «Hombre de Letras» argentino, Angel de Estrada. B. A. 1917. *Urquiza y la integridad nacional*, B. H. 1921. *Rafael Obligado*. El poeta. El hombre. B. A. 1920. *José Ortega Munilla*. Su personalidad literaria. B. A. 1916. *Avellaneda irónico*. B. A. 1917. *La figura histórica de Alberdi*. B. H. 1919.

La cocina de Madame Curie

A propósito de la pensión que el Estado francés ha concedido a Madame Curie, ha aparecido la sencilla señora con un extraño aparato en la mano y viéndose al fondo una cacharrería teratológica.

En el primer momento, y como siempre se asocia la idea de la mujer a la cocina, parece que la dama está con el mandil de las grandes señoras de la cocina, confeccionando la salsa ideal.

Pero la cocina de Mme. Curie es la cocina salvadora, la cocina evoluta, la cocina en la que son preparadas las salsas químicas de la investigación. Esas periformes retortas de vidrio que se ven en sus manos recuerdan con lejana ironía las vinajeras clásicas en

que dos retortas se cruzan, y la una echa el vinagre en sentido contrario que la otra vierte el aceite; pero estas de Mme. Curie representan la búsqueda de lo desconocido, que se espera que nazca y se revele al someterlas a la acción ardiente de los reverberos de laboratorio.

La mujer se revela sarcástica en esta transformación que vive en Madame Curie. Es, seriamente y con toda categoría, todo lo contrario que fué en el pasado. Encarna en ella la sabiduría con la misma sencillez con que antaño encarnó la banal ciencia gastronómica. Revela la capacidad y da su lección de feminismo esta mujer insigne como en delantal de cocina frente a las innumerables especias y los innumerables frasquitos llenos de distintas esencias de la química.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(El Sol, Madrid).

Un estante de obras escogidas

A precios módicos, y al contado, tenemos encargo de vender las siguientes:

Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
R. Rolland: <i>Vidas ejemplares</i> (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta)	3.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
J. Muñoz Escámez: <i>H. Berlioz: Su vida y sus obras</i>	2.00
Longfellow: <i>Evangelina</i> , Trad. en prosa de R. Merchán	1.20
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tomo pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta)	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta)	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poemas originales</i>	1.25
Arturo Borja: <i>La flauta de bnix</i>	2.00
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta)	3.00
Homero: <i>Odisea</i> (un tomo, pasta)	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA